

Nuestras deudas con la Universidad

BLANCA ÁLVAREZ CABALLERO

Nadie ha querido entrar por aquí,
porque a ti sólo estaba destinada esta puerta.
FRANZ KAFKA

Debe haber lugares misteriosos
donde añejan las cartas como los vinos.
Para qué subirlas a un yet
o a un camión al menos.
Mejor que espere la desesperanza.
Al fin y al cabo algún día
llegará la carta anunciada
—y será muy triste leerla.
JOSÉ EMILIO PACHECO

A todos los universitarios: alumnos, maestros, artistas, editores, profesores-investigadores, capturistas o, siguiendo las tres grandes categorías de nuestra institución: estudiantes, académicos y administrativos. A quienes les impacte y les importe lo siguiente. A quienes les refleje, como en un espejo, su propia imagen.

Asimismo, con cariño especial y una gran admiración a la revista *La Colmena*.

ESTIMADOS UNIVERSITARIOS:

Los grandes maestros del Instituto Científico y Literario Autónomo y sus discípulos, convertidos en catedráticos en el siglo XX, sabían, en diversa medida, de matemáticas, derecho, botánica, gramática, medicina, filosofía, sociología, historia, periodismo, literatura y pintura, entre otras disciplinas. Impartían clases tanto de arte, como

de Humanidades y ciencias exactas. Tales son los casos de Ignacio Ramírez, Felipe N. Villarello, Emilio G. Baz, Francisco M. de Olaguíbel, Abel C. Salazar, Leopoldo Zúñiga, Juan B. Garza, Ignacio Manuel Altamirano, Horacio Zúñiga y Enrique Carniado, por citar algunos. Había una visión multidisciplinaria del conocimiento, la cual hablaba de una formación integral que atendía lo mismo al intelecto que al espíritu (acaso el aspecto corporal o físico sí estuvo un tanto relegado) y que llevó a *El Nigromante*, por ejemplo, a dar lecciones gratuitas los domingos; al poeta Olaguíbel a defender el modernismo de las acusaciones positivistas de Andrés Molina Enríquez, y a los maestros Horacio Zúñiga y Josué Mirlo a afrontar el repudio cuando se mostraron a favor de la autonomía del Instituto.

Paradójicamente, con el despegue del positivismo en el Instituto, su posterior transformación en ICLA, y el surgimiento y expansión de nuestra Universidad, la formación integral no solamente ha decaído por la especialización-cientificista-*a-contra-reloj*, sino que se ha degradado por la ausencia de identidad universitaria en algunos y por la búsqueda de recursos económicos por parte de quienes fuerzan “lo científico” hasta el grado del academicismo chocante o disfrazan y hasta sacrifican proyectos de investigación a modo de que resulten “exclusivamente científicos” a los ojos de quienes distribuyen el apoyo monetario en el país, mermando así el contenido creativo y social del trabajo intelectual y limitando su aplicación. También se confunde universalidad con uniformidad. En conjunto, esas actitudes y formas de trabajar parecen responder más a las ideas de Maquiavelo que a un compromiso verificable con la sociedad.

Tanta obsesión por la *puntitis* académica; el desdén por el arte, el cuidado del cuerpo y el espíritu, así como por el gozo del tiempo libre, nos han convertido en robots académicos, en universitarios virtuales que no se detienen a platicar unos minutos con las secretarías, porque son secretarías, con otros/as compañeros/as de trabajo, y cuando necesitamos algo de ellos y nos encontramos a unos metros de donde están, preferimos localizarlos por teléfono o internet. Para qué molestarnos en personalizar las relaciones.

Actualmente, dos logros son los más valorados en y por los académicos: publicar en revistas y libros de prestigio nacional e internacional, aunque no sean necesariamente leídos, y no tener tiempo libre. Es muy apreciado decir “no tengo tiempo para nada”; donde “nada” se emparenta con el ninguneo e implica no darse oportunidad de asistir a una exposición pictórica, a un ciclo de cine, incluidos los que organiza nuestra Universidad, y disfrutan sobre todo los estudiantes: ¿será que los académicos somos expertos en cine y conocemos todas las películas que se proyectan en el Cineclub y que, por cierto, es muy difícil ver en otro lugar? Hacer ejercicio o escuchar música; informarse de medicina si se es arquitecto, de diseño si se es químico o de historia si se es físico.



Pero el aislamiento y las fricciones profesionales van más allá de la ruptura tradicional entre ciencias sociales y exactas. Ahora el estudioso de filosofía, especialmente el de metafísica, desprecia al literato; éste, a su vez, al artista dramático; el sociólogo al antropólogo; el diseñador industrial al gráfico, y el estudioso de las ciencias sociales con enfoque cuantitativo al de las humanidades. Cada vez se relega más lo cualitativo en beneficio de lo numérico, lo que provoca una convivencia muchas veces tensa y marginal entre profesores, alumnos y licenciaturas de una misma facultad, UAP o Centro Universitario. Cada vez más, se merma el contenido

humanístico y artístico de ciertas publicaciones universitarias como consecuencia de la *estrellitis* académica, que consiste en lograr y permanecer *indizadas* en el padrón del Conacyt y en otros catálogos especializados.

Al respecto, hace unos meses solicité un artículo sobre determinado tema a una investigadora de nuestra institución para publicarlo en una revista no indizada, pero seria y con trayectoria. La invitada contestó que tenía un artículo sobre el tema, pero que prefería publicarlo en una revista en que sí se hiciera investigación, a partir de una perspectiva teórica. Me quedé pensando en la fragmentación que se ha dado entre teoría e investigación, y en sugerirle a la profesora-investigadora que consultara un diccionario, para que revisara el significado original de teoría: mirar, otear, e inspeccionar; y sólo después, analizar.

Hay académicos muy preocupados por la forma y poco por el contenido: los que pasan lista a los alumnos cada clase y les cierran la puerta de mal modo si llegan diez minutos tarde. Los que les niegan ingerir líquidos en el aula (base fundamental para energizar el cerebro), "porque se ve mal". Los que, por su falta de seguridad, saturan de trabajos a los alumnos, aunque pocas veces los revisen con detenimiento, sin otro propósito que infundir temor. Es pertinente recordar que el doctor José Blanco Regueira previno de que la estulticia lleva a confundir el respeto con el terror. Los que están más al pendiente de cuántos artículos, capítulos de libros, ensayos y libros publicaron en el transcurso del año, así como de la cantidad

de cursos impartidos, más que de la calidad de su trabajo. Quienes dan clase sólo medio semestre porque durante la otra mitad están fuera sumando puntos, sin mayor preocupación por la forma en que cubrirán los temas necesarios para atender la formación de sus alumnos en los días o semanas que dure la ausencia. Los que hablan de la función social universitaria, pero son incapaces de donar sangre o de regalar una cobija cuando la institución realiza campañas altruistas. Los que dicen guiarse por la ética universitaria y por el deber social de expandir el conocimiento, aunque se limiten a hacerlo sólo en el medio ultraespecializado en que se desenvuelven, y cuando un periódico o revista local los invita a colaborar, se niegan porque ello va contra del estatus académico que han logrado. Aquellos con la categoría de profesores-investigadores que no leen ni escriben a lo largo de semanas. Los que dicen ser humildes y austeros y pensar en los demás antes que en sí mismos, pero se mueven en un auto lujoso y son incapaces de ofrecerse a acercar al alumno o al compañero en una noche lluviosa. Quienes se dicen fieles a sus convicciones políticas de izquierda (o pseudoizquierda), reniegan de todo, son abanderados de la antiglobalización y dicen estar del-lado-de-los-más-necesitados, pero viajan en las mejores aerolíneas a los congresos (académicos, por supuesto), se hospedan en los mejores hoteles y vacacionan en París, Buenos Aires, San Francisco o, en el peor de los casos, en Acapulco, pero en hoteles de cinco estrellas *plus*. Los que desdeñan el saber local y regional —por ejemplo, los estudios antropológicos de caso sobre comunidades indígenas mexiquenses o sobre artistas poco conocidos a escala nacional o internacional, pero valiosos para su estado o provincia— porque “no da puntos” ni “es científico”. Los que a duras penas se quitan el grado estando en familia o con amigos, pero jamás entre colegas. Los que hablan de identidad universitaria, pero usan a la Universidad como trampolín laboral mientras hablan mal de ella y olvidan lo que han logrado intelectual y económicamente siendo parte de ella, aunque se justifican diciendo que vienen de fuera. Los que explotan a sus tesis de posgrado, pero no asisten a sus exámenes de grado por desidia. Este tipo de comportamientos no es exclusivo de nuestra Universidad, sino que se ha generalizado en las instituciones como resultado de la crisis en que está cierto tipo de modernidad, la de la “cultura” de lo desechable, lo globalizado y lo burocratizado, además de una lamentable reificación del hombre.

No obstante lo anterior, si bien los universitarios —aunque esto tampoco es exclusivo de nuestra institución, aun cuando a ella me dirijo— tenemos que ocuparnos del saber especializado, con toda su rigidez intelectual, no debemos olvidar que el conocimiento multidisciplinario y su aplicación cotidiana e inmediata son indispensables para una formación y desempeño laborales óptimos e integrales, que atiendan al cuerpo, al intelecto y al espíritu, al ser multifacético que somos, en palabras de Mijail Malishev, al ser biopsicosocial que en cada uno de nosotros hay

—como lo señala el doctor, Juan Luis Ramírez Torres—; esto es, al hombre y la mujer que se ocupen, que nos ocupemos, del acontecer internacional que se presenta como uniforme e inevitablemente etnocéntrico y universal, porque permite alcanzar niveles científico-económicos altos, pero manteniendo un equilibrio con el esfuerzo intelectual teórico y práctico que demanda nuestro entorno inmediato, el cual está determinado por las limitaciones espaciales, históricas (tradiciones), políticas y económicas; en suma: culturales.

Es urgente que los universitarios nos sensibilicemos a través del arte, las ciencias sociales y las humanidades, y asimismo que en cada pensamiento y acción que ejecutemos haya un trasfondo ético, adecuado a nuestra razón de ser: que los estudiantes y la sociedad vivan del modo más digno posible, y que todos atendamos los cuatro aspectos humanos básicos: el físico, el psicológico, el intelectual y el espiritual. Es lamentable ver a estudiantes y egresados universitarios concentrados en los diseños de la moda y en el lucro desmedido, en las distracciones más enajenantes y las diversiones más frívolas. Ante este panorama, vale la pena citar al poeta Mario Benedetti:

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿vértigo? ¿asalto? ¿discotecas?
también les queda discutir con dios
tanto si existe como si no existe
tender manos que ayudan
abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno
sobre todo les queda hacer futuro
a pesar de los ruines del pasado
y de los sabios granujas del presente.

Deberíamos ser menos prosaicos y banales, y más románticos, en el sentido original del Romanticismo, como los institutenses: ser heroicos, como Heredia, por revolucionario; luchar contra todo tipo de discriminación (intelectual, económica, fenotípica, etc.), como Altamirano; apasionados y auténticos en lo artístico, como Felipe Santiago Gutiérrez y Josué Mirlo; entregados a la institución, como Horacio Zúñiga. Hay que picar piedra por nuestra Universidad trabajando interdisciplinariamente, como lo hacen día con día universitarios como los investigadores y escritores: Mijail Malishev, Juan Luis Ramírez Torres y Juan Parent; los editores Virginia Aguirre, Eduardo Loría y Eduardo Sandoval Forero; los maestros y periodistas culturales: Eugenio Núñez Ang, Hilda Fernández Rojas, América Luna, Mar-

garita Monroy, Lorena Valderrábano y, desde luego, nuestro cronista, Inocente Peñaloza García; los artistas y profesores Fernando Cano, Héctor Serrano Barquín, Martín Olivares, Martín Mondragón, Clementina J. Guadarrama y Blanca Aurora Mondragón, entre otros; así como todos los(as) que desarrollan sus tareas con una identidad universitaria plena.

Los institutenses quisieron llevar —a pesar de y en sus mismas contradicciones— una vida integral. A partir de que el Instituto fue “Científico y Literario”, se generó la contradicción de que la conjunción, siendo coordinante-copulativa, unió unas veces y separó en otras un campo del otro, la mayoría de las veces en perjuicio del segundo, y esa herencia también es nuestra, pues se manifiesta en las notables diferencias de los apoyos que se destinan a “lo científico” y a lo “literario”: contamos con los programas Asómate a la ciencia y Verano de la investigación científica, pero hacen falta los que podrían llamarse Asómate al arte y Verano de la investigación en Humanidades.

Si bien existen espacios universitarios dedicados exclusivamente al arte y un amplio e intenso programa de actividades a cargo de la Secretaría de Difusión Cultural (ciclos de cine, presentaciones de libros, talleres de danza y de artes plásticas abiertos a los universitarios y a la población en general, entre otras), y apoyos para que estudiantes y profesores continúen sus estudios dentro y fuera de la Universidad, tanto en ciencias sociales y Humanidades como en ciencias exactas, el énfasis está en la investigación, cuya importancia está fuera de toda duda, pero las normas que rigen la entrega de dichos apoyos, las cuales rebasan muchas veces el ámbito de nuestra Casa de Estudios, llegan a ser un obstáculo para dar cauce a la creatividad de algunos estudiosos y a otros, cuyos aportes serían valiosos, los dejan fuera de esos beneficios.

Se debe reconocer asimismo que en el ambiente artístico universitario hay calidades desiguales e incluso mediocridad.



FOTOGRAFÍA: Silvia Lignini Vassolo.

No nos faltan los escritores con escaso oficio literario ni artistas plásticos anquilosados que son un obstáculo para el talento de los jóvenes, lo cual, es verdad, hay que colocarlo en la dimensión individual que le corresponde. Esto hace indispensable la aplicación de criterios más estrictos en la selección de quienes reciben la oportunidad de impartir cursos de artes plásticas y de literatura, a la par de ofrecer becas destinadas a reconocer e impulsar el talento, la creatividad, la consistencia, la constancia y la responsabilidad de quienes, tanto alumnos como profesores, tienen esas cualidades y el compromiso de realizar una obra que, además, enaltezca a la Universidad por ser resultado del trabajo de integrantes de su comunidad. Los institutenses mencionados a lo largo de esta carta son ejemplos notables a seguir para quienes, científicos o humanistas, quieran servir a la Universidad y a la sociedad tanto como desarrollar sus capacidades individuales.

En este debatirnos entre lo académico y lo academicista; la investigación rígida y la escritura libre, pero no por eso menos seria y responsable, esto es, metodológica; la separación y la dura convivencia entre lo científico y lo literario —para recuperar nuestras raíces universitarias—, agradezco a la UAEM la formación que me ha dado como estudiante, catedrática, correctora de estilo, crítica y creadora literaria. Asimismo, agradezco de modo particular, con todo mi corazón, mi intelecto y mi espíritu, a la revista *La Colmena*, porque ha tenido siempre abierta las puertas para mí, desde la primera vez que pise sus instalaciones allá, cerca de la Alameda de nuestra ciudad de Toluca, porque conozco a sus miembros personalmente: Vicky, Javier y Plaus por que me llaman por teléfono, contestan mis correos, me invitan un café y me dan terapia; pero, sobre todo, porque no se dejan seducir por los censores inconsistentes, de duro papel y áspero metal que prometen vinculación mundial y dinero extra a cambio de un corsé que no es de yeso y no ata solamente el vientre, sino que es una armadura que oculta todo el cuerpo, todo órgano y todo movimiento: desde la cabeza hasta los pies. Felicidades a nuestra institución por sus cincuenta años como Universidad Autónoma del Estado de México y a *La Colmena* por su número cincuenta. *La universidad también es nuestra casa*, y abarca más de la mitad de la mía. ✍